

**LA CHICA
QUE SE LLEVARON**

Charlie Donlea

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MOTUS

EL RAPTO

*Emerson Bay,
Carolina del Norte
20 de agosto de 2016
23:22 horas*

LA OSCURIDAD FUE SIEMPRE PARTE de su vida.

La buscaba y coqueteaba con ella. Le resultaba pintoresca y encantadora, algo que a la mayoría le parecía incomprendible. Últimamente se había convencido, con algo de morbosidad, de las bondades de su compañía, de que prefería la negrura de la muerte a la luz de la existencia. Hasta esta noche. Hasta que se encontró de pie frente a un precipicio de muerte y vacío como nunca había conocido, ante una noche sin estrellas. Cuando Nicole Cutty se vio ante ese abismo entre la vida y la muerte, eligió la vida. Y corrió como si la persiguiera el demonio.

Sin linterna, cegada por la noche, atravesó la entrada principal. Él estaba a un brazo de distancia detrás de ella, lo que hizo que la adrenalina la inundara; corrió unos pasos en la dirección equivocada hasta que su vista se adaptó al brillo empañado de la luna. Divisó su automóvil, se orientó y corrió hacia él; buscó a tientas la manija y abrió la puerta con

desesperación. Las llaves colgaban del encendido; Nicole puso en marcha el motor, movió la palanca de cambios y pisó el acelerador. La excesiva inyección de gasolina en el motor estuvo a punto de hacerla embestir de costado el vehículo que tenía por delante. Las luces dieron vida a la noche cerrada y por el rabillo del ojo vio brillar el color de la camisa de él cuando apareció por delante del capó del auto estacionado. No tuvo tiempo de reaccionar. Sintió el impacto sordo y el atroz balanceo de la suspensión: las ruedas registraron los desniveles del cuerpo de él antes de recuperar la tracción sobre el camino de grava. De manera instintiva, pisó el acelerador a fondo y giró apretadamente en U, para huir luego a toda velocidad por el camino angosto, dejando todo detrás de sí.

Nicole giró el volante y derrapó al ingresar en la ruta principal, sacudiéndose en el asiento hasta que el coche se estabilizó; el velocímetro trepaba por encima de los ciento veinte kilómetros por hora, pero no le prestó atención. Flexionó el brazo del que él la había sujetado; ya se le estaba formando un magullón violeta. Sus ojos pasaban del parabrisas al espejo retrovisor. Transcurrieron más de tres kilómetros antes de que aflojara el pie sobre el acelerador y el motor de cuatro cilindros se quietara. Estar libre no la aliviaba. Habían sucedido demasiadas cosas como para creer que el hecho de haber escapado pudiera hacer desaparecer los problemas de esa noche. Necesitaba ayuda.

Al tomar la ruta de acceso que llevaba de nuevo hacia la playa, Nicole repasó mentalmente las personas a las que no podía pedir ayuda. Su mente funcionaba así, en negativo. Antes de decidir quién podía ayudarla, descartó a aquellos que no la comprenderían. Sus padres estaban en primer lugar. La policía, inmediatamente después. Sus amigos eran una posibilidad, pero eran débiles e histéricas y Nicole sabía que entrarían en pánico antes de que les explicara siquiera una fracción de lo que había sucedido. Su mente dio vueltas y

vueltas, pasando por alto la única posibilidad real hasta que hubo descartado todas las demás.

Nicole se detuvo en la señal de alto y retomó la marcha mientras buscaba su teléfono. Necesitaba a su hermana. Livia era mayor y más sabia. Racional de un modo en que Nicole no lo era. Si dejaba de lado la última parte de sus vidas y pasaba por alto la distancia entre ellas, sabía que podía confiarle su vida a Livia. Y aunque no estuviera segura de ello, no tenía otras opciones.

Se llevó el teléfono a la oreja y lo escuchó sonar, con lágrimas cayéndole por las mejillas. Era casi medianoche. Estaba a una cuadra de la fiesta en la playa.

—Responde, responde, responde. ¡Por favor, Livia!

LA HUIDA

Dos semanas más tarde

*Bosque de Emerson Bay
3 de septiembre de 2016
23:54 horas*

SE QUITÓ LA BOLSA DE arpillera de la cabeza y respiró a bocanadas. Le tomó unos minutos a su vista adaptarse y que dejaran de bailarle siluetas amorfas delante de los ojos, que retrocediera la oscuridad. Escuchó, buscando la presencia de él, pero solo oyó el repiqueteo de la lluvia afuera. Dejó caer la bolsa de arpillera al suelo y caminó de puntillas hasta la puerta de la cabaña. Sorprendida al ver que estaba entreabierta, acercó el rostro a la ranura entre la puerta y el marco, y espío el bosque oscuro castigado por la lluvia. Imaginó la lente de una cámara en su pupila mientras espía por la hendidura: el foco achicándose y retrocediendo lentamente para capturar primero la puerta, luego la cabaña, luego los árboles, hasta llegar a un panorama satelital del bosque entero. Se sintió pequeña y débil por esa imagen mental de sí misma, sola en una cabaña perdida en medio del bosque.

Se preguntó si esto era una prueba. Si salía por la puerta

y se adentraba en el bosque, existía la posibilidad de que él la estuviera esperando. Pero si la puerta abierta y el hecho de haber podido liberarse momentáneamente del grillete constituían un error, era el primero que él cometía y esta era la única oportunidad que ella había tenido en las últimas dos semanas. El primer momento en que no estaba encadenada a la pared del sótano.

Maniatada y con las manos temblorosas, empujó la puerta y la abrió. Las bisagras chirriaron en la noche antes de que su quejido se aplacara bajo el abofeteo de la lluvia. Aguardó un instante, inmovilizada por el miedo. Cerró los ojos con fuerza y se obligó a pensar, tratando de sobreponerse al sopor de los sedantes. Las horas de oscuridad del sótano le atravesaron la mente como un relámpago en una tormenta. También, la promesa que se había hecho de que, si surgía la oportunidad de escapar, la tomaría. Había decidido días atrás que prefería morir luchando por su libertad antes que entregarse como oveja al matadero.

Dio un paso vacilante fuera de la cabaña y salió a la lluvia espesa y pesada que le corrió en chorros fríos por la cara. Se tomó un momento para bañarse en ella, para dejar que el agua le lavara la niebla de la mente. Luego, echó a correr.

El bosque estaba oscuro y la lluvia caía como una catarata. Con las manos atadas con cinta adhesiva, trató de desviar las ramas que le azotaban el rostro. Tropezó con un tronco y cayó sobre hojas resbaladizas; se obligó a incorporarse de nuevo. Había contado los días y creía haber desaparecido hacía doce. Tal vez trece. Aislada en un sótano donde su secuestrador la mantenía encerrada y la alimentaba, podía haberse saltado un día cuando el cansancio la hundía en un largo sopor. La había trasladado al bosque esa misma noche. El miedo se había apoderado de ella cuando, rebotando dentro de la cajuela del coche, presa de náuseas, imaginó que se acercaba el fin. Pero ahora tenía por delante la libertad; en algún lugar más

allá del bosque, de la lluvia y de la noche, podía encontrar el camino a casa.

Corrió a ciegas, de manera errática y perdiendo todo sentido de orientación. Por fin oyó el rugido de un camión que rodaba por el pavimento mojado. Respirando agitada, corrió a toda velocidad hacia el ruido y trepó un terraplén que llevaba a la ruta. Las luces traseras del camión se desvanecían a medida que se alejaba, con cada segundo.

Se tambaleó hasta el centro de la carretera y, con las piernas temblorosas, corrió tras las luces como si pudiera alcanzarlas. La lluvia le pegaba en el rostro, apelmazándole el cabello y empapándole la ropa andrajosa. Descalza, continuó impulsándose hacia adelante con pasos irregulares por el corte profundo que tenía en el pie derecho, producto de su desesperada huida por el bosque. Iba dejando una línea sinuosa de sangre detrás de ella, que enseguida la tormenta se encargaba de borrar. Presa de pánico de que él pudiera emerger del bosque, se obligó a avanzar con la sensación de que él estaba cerca, listo para alcanzarla, cubrirle la cabeza con la bolsa de arpillera y llevarla de nuevo al sótano sin ventanas.

Deshidratada, creyó estar sufriendo alucinaciones cuando la distinguió: una pequeña luz blanca a lo lejos. Se tambaleó hacia ella hasta que la vio dividirse en dos y agrandarse. Permaneció en el medio de la ruta, agitando las manos atadas por encima de la cabeza.

El automóvil aminoró al acercarse y encendió las luces altas para iluminarla, de pie sobre la ruta, empapada, descalza, con rasguños en la cara y la sangre que le corría por el cuello y teñía de rojo la camiseta.

El coche se detuvo; los limpiaparabrisas salpicaban agua hacia cada lado. Se abrió la puerta del lado del conductor.

—¿Te encuentras bien? —gritó el hombre por encima del rugido de la tormenta.

—¡Necesito ayuda! —respondió ella.

Eran las primeras palabras que pronunciaba en varios días y la voz le salió rasposa y seca. La lluvia, notó por fin, tenía un sabor maravilloso.

El hombre la miró con más atención y la reconoció.

—¡Dios mío! ¡Todo el estado te está buscando! —La rodeó con el brazo, la llevó hasta el coche y la ayudó con cuidado a sentarse en el asiento delantero.

—¡Vámonos! —exclamó ella—. ¡Está por venir, lo sé!

El hombre corrió al otro lado del automóvil y lo puso en movimiento antes de cerrar la puerta. Condujo a gran velocidad por la carretera 57 mientras llamaba al 911.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó. La joven se quedó mirándolo.

—¿Quién?

—Nicole Cutty. La otra chica que fue secuestrada.

LA GIRA DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO

Doce meses después

Nueva York
Septiembre de 2017
08:32 horas

SENTADA ERGUIDA EN LA SILLA, Megan McDonald observó a Dana Campbell leer las notas de la entrevista, mientras una maquilladora le empolvaba la nariz y a su alrededor se desplegaba un caos general de productores vociferando órdenes y cambios de luz durante el tiempo restante de la pausa comercial. Los movimientos de hombros y las inspiraciones profundas no habían servido de nada; de hecho, se le había formado un nudo en el trapecio que sentía tensarse. Megan se sobresaltó y dio un respingo cuando otra maquilladora le tocó la mejilla con un pincel.

—Perdón, tesoro; estás demasiado brillante. Cierra los ojos.

Megan cerró los ojos mientras la mujer le pasaba el pincel por la cara. Una voz en la oscuridad, al otro lado de las cámaras televisivas, comenzó una cuenta regresiva. Megan sintió la boca como si estuviera llena de algodón seco y las manos comenzaron a temblarle. Los maquilladores desaparecieron y

de pronto quedó sola frente a Dana Campbell, bajo las luces potentes.

—Cinco, cuatro, tres, dos... estamos en vivo.

Megan escondió las manos temblorosas debajo de los muslos. Dana Campbell miró a la cámara y habló con el tono y la cadencia ensayados y perfeccionados de los anfitriones de programas televisivos matutinos, entre los cuales el suyo se destacaba por su gran audiencia.

—Todos conocemos la horrorosa historia de Megan McDonald. Una típica joven estadounidense, hija del alguacil de Emerson Bay, raptada en el verano de 2016. Un año después, Megan ha publicado su libro, *Perdida*, el relato verídico de su secuestro y valiente huida. —Dana Campbell apartó los ojos de la cámara y sonrió a su invitada—. Megan, bienvenida al programa.

Megan inspiró una bocanada seca y vacía que casi la hizo atragantarse.

—Gracias —respondió.

—El país entero y, por supuesto, Emerson Bay, han querido conocer tu historia desde hace más de un año. ¿Qué te inspiró para finalmente compartirla?

Desde que había pactado la entrevista, Megan se debatía con las respuestas que daría. No podía contarle la verdad a la gran Dana Campbell: que escribir el libro era la forma más sencilla de aplacar el dolor de su madre y procurarse algo de espacio para respirar. Era una forma de quitarse de encima por unos meses a su madre, neurótica por la preocupación y la angustia.

—Fue tiempo, nada más —dijo Megan, eligiendo por fin las respuestas que la sacarían de los potentes focos de luz—. Necesitaba procesar todo antes de poder contárselo a la gente. He tenido la oportunidad de hacerlo y ahora ya estoy lista para relatar mi historia.

—Tiempo para procesar y para sanar, seguramente —añadió Dana Campbell. Por supuesto, pensó Megan. Porque, al

fin y al cabo, había pasado un año y ese lapso era sin duda suficiente para sanar. En un año había vuelto a ser una persona completa. Porque, si Megan no daba la impresión de estar sana, feliz y recuperada, Dana Campbell, la reina de los programas matutinos de televisión, quedaría como una malvada por bucear en busca de información. Por favor, pensó Megan, cuéntale a tu audiencia cuán recuperada y sana estoy.

—Eso también, sí —respondió Megan.

—Debe de tomar mucho tiempo reponerse de algo así y, de alguna manera, documentar los acontecimientos te habrá resultado terapéutico.

Megan se esforzó porque sus ojos no delataran su irritación. Tenía muchos adjetivos para describir el proceso que había dado nacimiento al libro. *Terapéutico* no era uno de ellos.

—Lo fue. —Megan sonrió con los labios apretados. Era su nueva sonrisa, la mejor que podía ofrecer, tan distinta de aquella resplandeciente que había visto hacía unos días al hojear el anuario de su último año escolar. Allí se la veía con una sonrisa ancha y dientes alineados y brillantes que llenaban el espacio entre la curva de los labios. Lo había intentado al principio, pero le resultaba demasiado difícil fingirla, por lo que comenzó a utilizar esta versión: labios juntos, comisuras curvadas hacia arriba. Feliz. La gente se lo creía.

—¿Qué puede esperar el público al leer tu libro?

Megan no estaba del todo segura, pues había escrito muy poco de él; todo el mérito era de su psicoanalista, que apenas había conseguido que lo nombraran en la portada.

—Bien... ejem, veamos... cubre la noche en que sucedió.

—La noche en que te raptaron —aclaró Dana.

—Sí. Y las dos semanas que pasé en cautiverio. Una gran parte son pensamientos que tuve mientras estuve encerrada. Sobre dónde me tenían prisionera y mis intentos fallidos de huir. Y luego sobre la noche en que... en que escapé corriendo del bosque.

—La noche en que huiste.

Megan vaciló.

—Sí. El libro documenta mi huida. —De nuevo la sonrisita apretada—. Y hay un capítulo entero sobre el señor Steinman.

Dana Campbell también sonrió y habló con voz suave:

—El hombre que te encontró en la ruta 57.

—Sí. Es mi héroe. Y el de mi padre, también.

—Seguro. Tuvimos al señor Steinman aquí en el programa, poco tiempo después de tu terrible experiencia.

—Sí, lo vi, y me alegró que tuviera el reconocimiento que merece. Me salvó la vida esa noche.

—Así es. —Dana bajó la mirada a sus anotaciones antes de volver a sonreír—. No es ningún secreto que el país entero se ha enamorado de ti. Hay tanta gente que quiere saber cómo estás y cómo sigue tu vida ahora. ¿Encontrarán algo de eso en el libro? ¿Algo sobre tus planes para el futuro?

Megan quitó la mano de debajo del muslo y la movió en el aire para ayudarse a pensar.

—Hay mucho sobre lo que ha sucedido desde aquella noche, sí.

—¿Contigo y tu familia?

—Sí.

—¿Y en cuanto a la investigación que se lleva a cabo?

—Lo que sabemos hasta ahora, sí.

—¿Es muy difícil para ti saber que tu secuestrador sigue libre?

—Es duro, pero sé que la policía está haciendo todo lo posible para encontrarlo. —Megan se dijo que recordaría agradecerle a su padre esa respuesta. Se la había brindado la noche anterior.

—Antes de que sucediera todo esto, estabas por comenzar los estudios en la Universidad Duke. Todos queremos saber si sigues con ese plan.

Megan se pasó la lengua por el interior de los labios ásperos como papel de lija.

—Emm... me tomé un año después de lo sucedido. Pensaba comenzar este otoño, pero no resultó. No pude... no pude organizar las cosas a tiempo.

—Debe de ser difícil volver a la normalidad, desde luego. Pero entiendo que la universidad te ha dejado una invitación abierta para cuando estés preparada, ¿verdad?

Hacía tiempo que Megan había dejado de cuestionarse la fascinación de la gente con su secuestro y su sed por conocer los datos escabrosos del cautiverio. Y ahora, ese deseo lujurioso de que prosiguiera su vida como si nada hubiera sucedido. Dejó de cuestionárselo cuando por fin comprendió el razonamiento que había detrás. Ingresar en la Universidad Duke y llevar una vida normal permitiría a todos los que saboreaban los detalles morbosos de su cautiverio sentirse bien consigo mismos. Para ellos, la normalidad de ella los alejaba de su propio pecado. Porque si ella se mostraba desequilibrada por lo sucedido, ¿cómo podían ellos o Dana Campbell desear tan intensamente adentrarse en los detalles perturbadores del secuestro? Si ella fuese una joven quebrada, con una vida hecha pedazos que nunca volvería a ser igual, la sed de ellos por su historia resultaría sencillamente inaceptable. No podían permitirse esa atracción por su relato si terminaba de algún modo que no fuera feliz. Sin embargo, si ella había *sano*, si se veía que avanzaba gracias a su libro *terapéutico* y ocupaba un asiento reluciente en el aula de primer año de la Universidad Duke, y si se la veía *exitosa*... entonces todos podían retorcerse como gusanos en la succulenta carne de su perturbadora historia y alejarse volando limpios y perlados como mariposas.

Era necesario que Megan McDonald fuera una historia de éxito: tan simple como eso.

—Sí —dijo Megan por fin—. Duke me ha brindado

muchas opciones para el próximo semestre, o aun para dentro de un año.

Dana Campbell volvió a sonreír con mirada suave.

—Bien, sé que has pasado por muchas cosas y que eres una inspiración para sobrevivientes de raptos en todas partes. Y no dudo que este libro será un faro de esperanza para ellos. ¿Vendrás a conversar con nosotros de nuevo más adelante? ¿A ponernos al tanto sobre tu vida?

—Por supuesto. —Sonrisa apretada.

—Megan McDonald, mucha suerte.

—Gracias.

Después de repetir para la audiencia dónde podía adquirirse el libro *Perdida*, la señora Campbell pasó a una pausa comercial y el estudio volvió a llenarse de voces provenientes de la zona a oscuras detrás de las cámaras.

—Estuviste muy bien —dijo a Megan.

—No me preguntaste sobre Nicole.

—No hubo tiempo, querida, estábamos retrasados. Pero pondremos un enlace sobre Nicole en el sitio web.

Y sin más, Dana Campbell se puso de pie y se alejó, palmeándole el hombro al pasar. Megan asintió, a solas en el sillón del estudio. Esto también lo comprendía. La entrevista de hoy solamente podía incluir los detalles *agradables*. Las partes *inspiradoras*. La huida heroica, el futuro auspicioso y las jóvenes a quienes el libro sin duda ayudaría. La entrevista matutina era la conclusión del melodrama de Megan McDonald, que debía terminar exitosamente. No podía incluir ninguno de los elementos repugnantes de ese verano que todavía flotaban en el aire. En especial sobre Nicole.

Nicole Cutty ya no estaba. Nicole Cutty no era una historia de éxito.